

La semilla es imprescindible

En la COP-9 y en la MOP 4, está en juego el ataque generalizado, a nivel global y nacional y local, para controlar las semillas. Que los que plantan necesitan semillas y los que viven su vida plantando usan su propia semilla para volverla a plantar son cosas tan obvias que es casi como respirar, es como si uno describiera lo que hace una persona o un animal y agregara: y además respira. La semilla es imprescindible. Pero no solamente para la vida de los que plantan, de los campesinos, de los agricultores, sino para todos. Porque todo lo que comemos empieza con alguien que en algún lugar plantó algo para que llegue a nuestro plato, aunque vivamos en la ciudad. Es obvio, como lo es el sustento de la vida. Como respirar, exactamente.

Controlar las semillas es controlar la reproducción de la vida. Las empresas lograron imaginar un sitio desde donde ponerse en uno de los nodos de todo el sistema de la vida en el planeta.

Las semillas nunca habían tenido patentes ni propiedad intelectual. De hecho, en la mayoría de los países del mundo, las semillas no se pueden patentar, es solamente en Estados Unidos. En Europa es muy reciente. En el resto del mundo, se pueden patentar los genes dentro de la semilla pero no se puede todavía patentar la semilla. Justamente porque es algo absurdo. Hasta hace poco patentar semillas era demasiado. Requirió años y años de cabildeo y presión de las empresas para convencer a los políticos de que había que patentarlas.

Es interesante la historia reciente de la concentración corporativa de la industria de semillas, un fenómeno mundial: cada vez hay menos empresas y cada vez son más grandes y abarcan más sectores de la economía del planeta. No es lo mismo que se concentren los fabricantes de televisores a que se

concentre en pocas manos el control de las semillas: realmente la semilla es la llave de todas las redes alimentarias. Entonces con la semilla se puede controlar todo lo demás. En términos de dinero la industria de la semilla es chica. Es la veintava parte de la industria de los procesadores de alimentos como Nestlé o Coca-Cola. La Nestlé es más grande que toda la industria de semillas. Lo crucial es el poder que otorga la semilla sobre todo lo demás. Nestlé va a depender de cómo empezó quien le cultivó el café, que luego ellos procesan y en todo el mundo acaparan y monopolizan.

ETC antes RAFI, hizo un estudio hace unos 30 años y obtuvo el dato de que en el mundo había más de 7 mil empresas de semillas. Ninguna tenía siquiera 0.5% del mercado. Casi todos eran fabricantes de semilla comercial, empresas nacionales y locales y casi todas familiares. En 2005 repetimos la estadística y las diez mayores empresas de semillas tenían ya el 49% del mercado. Dos años después, las diez empresas tienen el 57%. Y sólo tres —Monsanto, DuPont y Syngenta—, tienen el 44% de las semillas registradas, de las semillas patentadas en el mundo. Ellas solas van por la mitad del mercado mundial.

A este proceso de concentración hay que agregar que las industrias químicas fueron comprando todas esas empresas semilleras familiares, de gente que tenía que ver con la agricultura. Las empresas químicas compraron pugnando por vender paquetes de agroquímicos y semillas. Hoy, las principales empresas de semillas son todas químicas: Monsanto, DuPont, Syngenta, Bayer, Basf, con vínculos muy cercanos con la industria farmacéutica y la veterinaria.

En realidad la farmacéutica, el control de semillas vía transgénicos o la producción de agrotóxicos, son rubros de la investigación en química y bio-





Foto: María Rivasés

Los campesinos, que son la cuarta parte del planeta, dependen de su propia semilla. Y la vuelven a plantar año con año. Siguen usando su semilla que no es una semilla industrial. Cuando hablamos del mercado comercial de semillas no hablamos de esas porque esas no están en el mercado.

química. Es la reconcentración de toda la actividad de la química.

También está el control del conocimiento tradicional y de los recursos genéticos. Las mismas empresas son un embudo que vuelca la biopiratería que las diferentes universidades hacen en el mundo, y que luego deciden si la usan en semillas, en químicos, en medicinas. Son éstas las que en este momento tienen en sus manos el control de la semilla en el mercado comercial. Estas mismas empresas sacan el cálculo de que la aprobación de un nuevo plaguicida les cuesta más dinero y más tiempo que la aprobación de una nueva semilla.

Ahora todas estas semillas diseñadas, transgénicas, son dependientes de agroquímicos. O hacen semillas que directamente son plaguicidas como los cultivos Bt, que a su vez son semillas que generan resistencia y ya no son efectivas, y necesitan otros químicos que antes no se usaban en esas plantas, por eso las semillas transgénicas son un gran negocio. Otra ventaja que los impulsa a usar semillas transgénicas (algo que viene junto con la concentración corporativa) es que todas las semillas transgénicas nacen patentadas. Acabaron la discusión sobre si patentar o no semillas. Todas están patentadas porque todos los genes que están en las semillas transgénicas, están patentados. Y eso se hace valer para todas las semillas.

Eso queda clarísimo en el caso de Percy Schmeiser, un campesino canadiense al que se le contaminó su campo con canola transgénica y a quien Monsanto llevó a juicio alegando que usaba semillas de Monsanto ilegalmente. Y tras años de juicio, la Suprema Corte de Canadá dictaminó que Monsanto tenía razón, lo que es gravísimo porque implica aceptar que si un gen patentado contamina a otra planta el propietario de la planta contaminada tiene que pagarle al propietario de la patente del agente contaminante. Entramos en el terreno de lo absurdo pero eso es lo que significa la contaminación con transgénicos.

Es un aviso de lo que va a ser la regulación general de las semillas o la restric-

ción general del uso genético. Eso es lo que está en juego. La tecnología de restricción de uso genético es capitalismo puro.

Así como la industria farmacéutica no tiene prácticamente nada que ver con la salud de la gente, las semillas industriales no tienen casi nada que ver con las necesidades de la gente ni tampoco con la gran mayoría que produce la comida en el planeta.

Y es que en el mundo no todos usan semillas industriales. Los campesinos, que son la cuarta parte del planeta, dependen de su propia semilla. Y la vuelven a plantar año con año. Siguen usando su semilla que no es una semilla industrial. Cuando hablamos del mercado comercial de semillas no hablamos de esas porque esas no están en el mercado. Entonces, en su ánimo monopolizador, para asegurarse de que todos los que compren semilla comercial le compren a las industrias, impulsaron las patentes —que implican que no puedes usar una semilla si no pagas por ella. Para 2005, Monsanto llevaba 137 juicios de contaminación con semillas transgénicas patentadas a 90 agricultores en Estados Unidos, que le reportaron más de 15 millones de dólares. Y los gana. Monsanto sola tiene un ejército de cientos de detectives que van tomando muestras. Es toda una industria esto de contaminar y sacar dinero de la contaminación. Y claro, tienen situaciones. Como en Argentina, donde la gente planta la soja transgénica patentada en Estados Unidos, pero cuya patente no es válida en Argentina. Entonces la gente saca su propia semilla de la soja y la vuelve a plantar, que es lo que hacen todos los agricultores desde siempre, transgénicos o no. Entonces las empresas, en su control, necesitan un mecanismo más allá del control de un documento y del ejército de juicios, detectives y pruebas. Y en estas aguas es que se desarrolla la tecnología Terminator.

En la COP-9, uno de los temas es el uso de tecnologías para controlar que cuando alguien plante una semilla,

la semilla no se pueda volver a reproducir. Se planta la semilla, crece la planta, da fruto, da grano, pero ese grano es estéril en segunda generación: una tecnología transgénica conocida como Terminator. En el lenguaje de Naciones Unidas se conoce como Tecnologías de Restricción de Uso Genético o TRUG [Genetic Use Restriction Technologies o GURT]. Lo que está en juego es enorme.

Terminator es una tecnología originalmente desarrollada por Delta & Pine (hoy propiedad de Monsanto), la cual junto con el Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos desarrolló un “sistema de protección de la tecnología”: que la semilla creciera la primera vez pero la segunda saliera estéril. Es un control biológico sin fecha de expiración. Una patente es un papel, dura veinte años. Terminator dura para siempre, no necesita ni de los juicios, ni de los detectives ni de nada. Terminator es algo así como el mayor sueño que pueda tener alguna de estas empresas que pretenden controlar el mercado mundial de semillas. Quisieran que todas las semillas del mundo fueran Terminator.

Al lanzarse esta nueva tecnología hubo una resistencia brutal en todo el planeta, incluso el director de la FAO, Jacques Diouf, dijo que era una semilla indeseable, una tecnología indeseable que no debería existir. Lo mismo dijo el

cura, ambición desmedida de algunas pocas empresas que quieren controlarlo todo. Lo piensa Vía Campesina, que desde el primer momento reaccionó, y los agricultores más grandes. Por qué se les quiere impedir a los agricultores que tengan su propia semilla.

Lo que pretenden las empresas químicas, dueñas de las semillas —que ahora cuentan con la mayor parte del mercado semillero—, es un oligopolio cerrado. Que la mayor parte de la gente en el planeta deje de tener su semilla, que año con año los agricultores no tengan otra salida que comprarle semillas diseñadas a las empresas. Donde haya transgénicos van a presionar a muerte para que entre esta tecnología. En los países que no han aprobado transgénicos, Terminator no puede entrar, pues es un transgénico. Pero apenas cualquier país se abra a una tecnología transgénica el futuro inexorable es la aplicación de la tecnología Terminator —si las empresas siguen con el poder que tienen sobre el mercado, los gobiernos y la legislación. Y entonces las empresas insisten: y qué hacemos con toda esta gente que tiene sus propias semillas. Se está avanzando mucho en las nuevas legislaciones que harán ilegales las semillas nativas, las que no están registradas.

Quieren hacer que la gente pierda su semilla volviéndola ilegal. Primero ha-

Las empresas dicen: qué hacemos con la gente que tiene sus propias semillas. Y avanzan en nuevas legislaciones que harán ilegales las semillas nativas, las que no están registradas. Quieren hacer que la gente pierda su semilla volviéndola ilegal. Primero hacen una ley sólo para controlar las semillas comerciales; pero esas leyes se extienden hasta abarcar también las semillas no comerciales.

5



Foto: María Rivasés

CGIAR, el Grupo Consultivo de Investigación Agrícola Internacional, promotor de la Revolución Verde, de los agroquímicos y los híbridos. Las grandes asociaciones de agricultores oyen hablar de esta tecnología y les parece lo-

cen una ley solamente para controlar las semillas comerciales; pero esas leyes se extienden cada vez más hasta abarcar también las semillas no comerciales. Y se insiste en que las semillas no comerciales, al no estar registradas,



Foto: María Rivasés

El ataque es despiadado. Porque la contaminación transgénica le echa a las espaldas de los campesinos un trabajo de descontaminación tremendo, brutal, que hiera no solamente a la planta, sino todo: sus raíces culturales, perder los cultivos, la propia autonomía.

“ponen en peligro” al vecino que se va a contaminar con variedades que no son puras, como dicen en Europa y en leyes de varios países. Comienzan a apretar desde el punto de vista legal para decir que ese tipo de semillas no sirve, y buscan volverlas ilegales.

La otra arista es la real presencia de los transgénicos, aprobados en alguna medida mínima, en 42 países en el mundo. Porque adonde vayan las semillas transgénicas, contaminan. Es gravísimo que se contaminen los cultivos en el centro de origen, como el arroz en Asia, el maíz en México, la soja en China. Pero la contaminación es inevitable. Y es un desastre para la humanidad, mientras que para las empresas de pronto es una oportunidad. Entonces mediante las leyes, se busca legalizar la persecución de campesinos cuyos cultivos se contaminan. Y con esa persecución orillar a que la gente, por evitar problemas, compre semilla registrada. Porque ya pagaron la patente y nadie los puede demandar si compran semilla registrada. El propio gobierno está diciendo que lo normal sería hacer eso. Y sin importarles la contaminación, o la erosión de la diversidad biológica, comienza a exigir, junto con las empresas, que la gente cambie sus semillas, que las pierda. ¿Todo eso para qué? Para lograr que toda esa gente que hoy es la cuarta parte del mundo y que tiene sus

propias semillas, compre semilla comercial y entre mercado.

Es la privatización de la agricultura. Que se acompaña de migración, de una cantidad de factores que no son sólo de la semilla. Es la apropiación violenta, ilegítima, del proceso de la agricultura en general.

Pero en el juego a nivel mundial hay una enorme resistencia. Por más que estén atacando, eso no quiere decir que realmente van a lograr que la cuarta parte de la población del mundo deje sus propias semillas. Pero el ataque es despiadado. Porque incluso la contaminación transgénica es echarle a las espaldas de los campesinos un trabajo de descontaminación tremendo, brutal, que hiera no solamente a la planta, sino todo: sus raíces culturales, perder los cultivos, la propia autonomía. En México, por ejemplo, los campesinos, los indígenas, no se van a dejar y van a seguir resistiendo.

A todo esto se suma, paradójicamente, la pinza de la promoción de los agrocombustibles y la de los árboles transgénicos. Y todos estos temas van a estar en la próxima COP-9. En el caso de los agrocombustibles se “justifica su necesidad” por el cambio climático diciendo que van a sustituir los combustibles fósiles. Ese tipo de cultivos requiere, nos dicen, semillas transgénicas “especializadas”, para reeditar en biocombustibles. Y de paso se justifica el uso de las semillas Terminator. Porque se dice que los combustibles agroindustriales van a salvar el planeta, pero como son transgénicos podrían contaminar, pero ahora la industria ya sabe cómo controlarlos, y ésa es la tecnología Terminator. A los árboles transgénicos los promocionan como sumideros de carbono y proveedores de agrocombustibles. Pero como los árboles, en toda su vida, avientan polen a los árboles que tiene alrededor, entonces tiene que usarse una contención: Terminator.

En realidad los estudios independientes demuestran que las tecnologías de restricción de uso genético, no tienen un 100 por ciento de efectividad, por lo que al problema de una cierta esterili-

lidad, hay que sumarle la contaminación. Entonces Terminator multiplica problemas.

Y cuando uno piensa que no puede existir algo más perverso que esto, sale la Unión Europea con su tecnología Transcontainer, a la que en el Grupo ETC le llamamos semillas Zombies: semillas Terminator que pueden volver a ser fértiles si el agricultor se remite a la empresa diseñadora de la semilla para que le aplique un químico patentado, de su propiedad, y que la semilla pueda volver a plantarse. A nivel diplomático, se dice ahora que esto no es Terminator porque la semilla vuelve a vivir, hay un más allá: “vuélveme a traer la semilla, yo te la riego y te vuelve a nacer”. Entonces los europeos dicen que para esta tecnología no se aplica la moratoria de Terminator todavía vigente.

Frente a toda esta realidad y las protestas que desató Terminator en 2000, el Convenio de Diversidad Biológica de Naciones Unidas llamó a que todos los gobiernos en el mundo hicieran moratorias nacionales a todos los usos de Terminator, incluso la experimentación, los ensayos en campo y la comercialización. Esta moratoria ha tenido un peso muy grande y hasta ahora se ha mantenido aunque todo el tiempo quieren romperla. Intentaron en Curitiba pero hubo una enorme confluencia, desde gente que trabajaba en el cabildeo, a la enorme confluencia de manifestaciones, de Vía Campesina y otras muchas organizaciones. El corazón de todo fue una manifestación de las mujeres de Vía Campesina, que entraron a la sala en defensa de las semillas, a partir de la campaña *Semillas, Patrimonio de los Pueblos al Servicio de la Humanidad*. Eso cambió totalmente la tónica de la reunión de Curitiba porque a los políticos que estaban allí el mundo real les queda en general muy lejos y de pronto lo tenían ahí en vivo y a todo color. En la COP-8 se habían preparado para buscarle la vuelta y romper la moratoria diciendo que se iba a hacer una evaluación “caso por caso”.

A mediados de 2005 empezamos un movimiento internacional, la campaña

Terminar Terminator para exigir que los países hagan prohibiciones nacionales de Terminator, la única manera real de protegerse de las empresas y sus presiones.

En la agenda de la COP-9 están los agrocombustibles, los árboles transgénicos. Terminator está implícito y por debajo de los otros temas.

Es necesario estar alertas porque así como la moratoria tuvo peso a nivel internacional y frenó la comercialización de Terminator, también puede pasar lo contrario: que si se quiebra la moratoria internacional los gobiernos la usen como ejemplo para decir que ya no es necesaria. Y que eso facilite que donde hay un debate muy intenso, como en México, o donde los gobiernos han autorizado transgénicos, se diga que no es necesaria la moratoria porque el Convenio de Diversidad Biológica ya lo sancionó, y no piensa que sea tan grave. O “vamos a ver que ocurre con mucha precaución, caso por caso”. Hay que hacer un llamado a todas las organizaciones y compañeros en Europa para denunciar y combatir el Proyecto Transcontainer (las semillas Zombies y otras) porque además se utilizan fondos públicos de la Unión Europea, igual que en un momento se hizo Terminator en Estados Unidos. Tenemos que detener este proyecto.

Más allá de lo que se haga en la COP, este tema es de todos los días. Nos tiene que despertar (y en muchos lugares ya lo está haciendo) la necesidad de crear relaciones diferentes con el mundo rural: ahí está la batalla última, la de las semillas. Una batalla que tiene que ver con quién va a decidir qué comemos y cómo lo comemos, nosotros y nuestros hijos en adelante. Ninguno de nosotros está fuera, pues en cada lugar tenemos un papel que es propio de las relaciones que se crean ahí. Tiene que ver con entender que la producción de alimentos se hace por manos campesinas en todo el mundo, y hay que defenderla. Es defender la integridad de la vida campesina y no solamente ver al campesino como productor de semillas. ❁

*La batalla última
es la de las semillas.
Quién va a decidir
qué comemos y cómo
lo comemos, nosotros
y nuestros hijos. En cada
lugar tenemos un papel
que es propio
de las relaciones
que se crean ahí.
Hay que entender
que la producción
de alimentos se hace
por manos campesinas
en todo el mundo,
y hay que defenderla.*

